

ORDO EQUESTRIS
SANCTI SEPULCHRI HIEROSOLYMITANI

PEREGRINOS de la MISERICORDIA en TIERRA SANTA



Realizado por el Servicio de Comunicación del Gran Magisterio
en colaboración con Mons. Fortunato Frezza,
biblista y Maestro de ceremonias de la Orden



Vista de los tejados de Belén. María, que trajo Jesús al mundo en este lugar, vela sobre toda la población con los brazos abiertos. Confiémosle nuestros pasos sobre el camino de la Misericordia en Tierra Santa.

Índice

Para prepararse a la Peregrinación	5
La Peregrinación	9
Las etapas de la Peregrinación	11
1. La basílica de la Natividad	11
2. La piscina de Bethzatha o Betesda	13
3. Dominus Fleuit	16
4. El Cenáculo	19
5. Getsemaní	21
6. San Pedro en Gallicantu	24
7. La basílica del Santo Sepulcro	28
La misericordia como tema importante para las diferentes comunidades de fe en Tierra Santa	30
A nuestro regreso	31

La Misericordia: “es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro” (*Misericordiae Vultus* 2) y “es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros” (MV9). En nuestra relación con Dios siempre tenemos necesidad “de pararnos para contemplar el misterio de la misericordia” (MV2) y acogerlo. Ese es el primer paso fundamental al que estamos invitados durante el Jubileo extraordinario de la Misericordia. Al igual que ocurre con muchas cosas en la vida, tenemos que dedicar tiempo a volver a descubrir las etapas de la Misericordia de Dios en nuestra existencia. Por eso, sin duda, uno de los instrumentos que el Santo Padre confía al pueblo de Dios para este Jubileo de la Misericordia es la peregrinación. En consideración a su vínculo con la Tierra en la que Jesús nació, vivió, murió y resucitó, sugerimos algunas etapas para vivir la peregrinación de la Misericordia en Tierra Santa.



Para prepararse a la peregrinación

La peregrinación no empieza en el avión. El ser peregrino es un estado de vida del cristiano y, en el momento en el que decidimos salir de nuestra zona de comodidad y de nuestra vida cotidiana, y ponernos en ruta para descubrir la obra de Dios en nuestra vida, ya estamos viviendo una peregrinación. Así, preparando la peregrinación a Tierra Santa que nos disponemos a vivir, antes de salir y para preparar nuestro corazón al encuentro, nuestra sugerencia es la de tomar tiempo para meditar y rezar con las “parábolas de la misericordia” (Lc 15, 1-32).

En las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. Conocemos estas parábolas; tres en particular: la de la oveja perdida, la de la moneda extraviada, y la del padre y los dos hijos (cfr Lc 15, 1-32). En estas parábolas, Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón.

Misericordiae Vultus 9

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: – «Ése acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: – «Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y

vecinos para decirles: “¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y vecinas para decirles: “¡Felicitadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

También les dijo: – «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado”. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha

comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado"».

Lucas 15, 1-32

PARA PROFUNDIZAR

Mons. Fortunato Frezza (biblista y Maestro de ceremonias de la Orden), *Passi di Misericordia Cammino di Giubileo. Itinerario biblico per il Giubileo della Misericordia* (Pasos de Misericordia, Camino del Jubileo. Itinerario bíblico para el Jubileo de la Misericordia), 2015, págs. 180-181

“Un hombre tenía dos hijos” (Lc 15, 11): así comienza la tercera parte del capítulo 15, que el evangelista Lucas presenta como un verdadero documento de la misericordia en un acto de búsqueda: ¡la misericordia del perdido! Cuenta lo que ocurre si un pastor pierde una oveja, si una mujer pierde una moneda, si un padre pierde uno de sus hijos. Yo soy “la oveja que se había perdido” (Lc 15, 6), la moneda que la mujer había perdido (cfr. Lc 15, 9), el hijo que se había perdido (cfr. Lc 15, 32). El final de los encuentros es la alegría y la fiesta, metáfora a la vez de la conversión, incluso de un solo pecador, y de la misión del Hijo enviado “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10). Aquí abajo, todo puede perderse, pero nada se sustrae a la búsqueda; no hay ninguna persona perdida que el Señor no pueda encontrar, él que conoce los senderos y el corazón del hombre (cfr. *Sal.* 119, 168, 139, 3; *Jn* 2, 25). Todo puede perderse aquí abajo, exceptuando la misericordia que también busca al que no quiere; busca y regenera, como si estaba perdido y vuelto a encontrar, muerto y resucitado. [...]

En las tres parábolas de Lucas 15, como también en la parábola del buen Samaritano (cfr. Lc 10, 30-37), no se menciona nunca la misericordia, pero se realiza. El hijo perdido “se puso

en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo” (Lc 15, 20). El padre no tiene que buscar; el hijo, en efecto, no es ni una oveja, ni una moneda perdida: el hijo tiene el privilegio de la conversión, para que la misericordia del padre sea celebrada por uno y que beneficie al otro. El padre tiene un comportamiento sacerdotal en el ojo y el pincel de Rembrandt, envuelto en sus ropas solemnes y en la mirada meditativa, en el gesto sagrado de la imposición de las manos, una mano paternal que abraza, una mano maternal que acaricia, una y otra son la acogida y el perdón. Así la fiesta de la misericordia puede comenzar, esperando que el hermano entre también en la casa, para oír las palabras (cfr. Lc 15, 31-32) de intimidad paterna y misericordiosa.



*Rembrandt
representa así, en
1668, el “Regreso del
Hijo pródigo”.
Recemos para que
cada uno de nosotros
pueda experimentar
el abrazo
misericordioso del
Padre durante este
año.*



La Peregrinación

La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, será estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

Misericordiae Vultus 14

El hecho de ponerse en camino durante este año va a constituir una nueva ocasión de descubrirnos nuevamente como peregrinos sobre esta tierra y con la necesidad de ponernos “en la senda” y salir de nosotros mismos y de las situaciones de tranquilidad para ir al encuentro de Dios y de los demás. Como Caballeros y Damas de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro, nos sentimos llamados, para aquellos que puedan tener la oportunidad durante este año, de vivir con un espíritu particularmente atento la habitual peregrinación en Tierra Santa, esa Tierra que habla de la Misericordia de Dios de manera tan especial. Contrariamente a lo que se produce en otras situaciones de nuestra vida diaria, el objetivo que hay que alcanzar no es el destino físico, sino la conversión del corazón. Los lugares físicos que vamos a encontrar van a ser medios para ayudarnos a abrir los oídos a la palabra de Dios.

PARA PROFUNDIZAR

Mons. Fortunato Frezza (biblista y Maestro de ceremonias de la Orden), *Passi di Misericordia Cammino di Giubileo. Itinerario bíblico per il Giubileo della Misericordia* (Pasos de Misericordia, Camino del Jubileo. Itinerario bíblico para el Jubileo de la Misericordia), 2015, págs. VII-VIII prefacio

El jubileo, cualquier jubileo – en la acepción de un año de remisión de los pecados, de reconciliación, conversión y penitencia sacramental – pone en movimiento a aquellos que quieren obtener sus beneficios. El jubileo se convierte pues en peregrinación, camino de peregrinos determinados a conceder un espacio a sus aspiraciones de bien, de conversión, de liberación del espíritu. Aquel que va hacia el jubileo desea ir hacia un encuentro benéfico del alma consigo misma, frente a Dios, con los demás peregrinos, todos diferentes y secretamente unidos por una única motivación. El peregrino, efectivamente, no está nunca solo, no sufre de soledad, no es un átomo ambulante. Y aunque lleve consigo lo estrictamente necesario, sabe qué cosa es realmente necesaria y esencial, convenciéndose cada vez más al avanzar en el camino.

La ausencia del peso de las cosas le recuerda que no está solo, esa ausencia le revela la presencia de su primer compañero de viaje que es él mismo. El Peregrino ruso lo sabía y se decía a sí mismo: “Por la gracia de Dios soy hombre y cristiano, por los actos gran pecador, como peregrino sin techo, de la condición más baja, siempre errante de lugar en lugar. Por tener, tan solo tengo una mochila con pan duro, en mi chaqueta la Biblia y eso es todo”.

La Santa Biblia: ¡verdadera amiga de viaje! [...] Los pasos del peregrino van guiados por los pasos de la Santa Biblia que son luz en su camino. Como las aspiraciones del Peregrino judío le corresponden: “Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero” (*Sal.* 118, 105).

Las etapas de la Peregrinación

Para vivir la peregrinación en Tierra Santa con una atención particular a la Misericordia, proponemos a continuación algunas etapas que los grupos pueden seguir si lo desean. Por supuesto, cada lugar del que nos hablan las Santas Escrituras forma parte de la historia de la salvación, que es lo que es precisamente gracias a la Misericordia divina; lo ofrecemos sencillamente como una sugerencia a disposición de los grupos que organizan una peregrinación.



La basílica de la Natividad (Belén)

Nuestro recorrido comienza allí donde “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (*Jn* 1, 14). La Bula de convocación nos lleva desde su primera línea a dirigir nuestra mirada inmediatamente hacia Jesús: “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre” (*MV1*). Conociendo al Hijo, descubrimos al Padre y acogiendo el don inmenso de un Dios que se encarna, entramos en el misterio de una misericordia de Dios de la que no somos capaces de ver los límites.

En la « plenitud del tiempo» (*Gal* 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cfr *Jn* 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios.

Misericordiae Vultus 1

Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor.

Elegida para ser la Madre del Hijo de Dios, María estuvo preparada desde siempre por el amor del Padre para ser Arca de la Alianza entre Dios y los hombres. Custodió en su corazón la divina misericordia en perfecta sintonía con su Hijo Jesús.

Misericordiae Vultus 24

En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno sus rebaños. Y un ángel del Señor se les presentó: la gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: No temáis, os traigo la Buena Noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

*“Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que Dios ama”.*

Después que los ángeles volvieron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha anunciado”. Fueron rápidamente y encontraron a María, a José, y al recién nacido acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que habían oído decir sobre este niño, y todos los que los escuchaban quedaron admirados de lo que decían los pastores.

Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón.

Lucas 2, 1-19

PARA PROFUNDIZAR

Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, 1994, n. 7

En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que *lo busca*. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre. De esta búsqueda Jesús habla como del hallazgo de la oveja perdida (cf. *Lc* 15, 1-7). Es una búsqueda que *nace de lo íntimo de Dios* y tiene su punto culminante en la Encarnación del Verbo. Si Dios va en busca del hombre, creado a su imagen y semejanza, lo hace porque lo ama eternamente en el Verbo y en Cristo lo quiere elevar a la dignidad de hijo adoptivo. Por tanto Dios busca al hombre, que es *su propiedad particular* de un modo diverso de como lo es cada una de las otras criaturas. Es propiedad de Dios por una elección de amor: Dios busca al hombre movido por su corazón de Padre.



La piscina de Bethzatha o de Betesda

Durante los años de su ministerio terrenal, Jesús realizó muchos milagros, pero hoy sólo de unos pocos conocemos la localización exacta de donde los realizó. La piscina de Bethzatha o Betesda, de la que nos habla el Evangelio según san Juan en el capítulo 5, está identificada hoy por los vestigios que descansan al lado de la Iglesia de Santa Anna, cerca de la Puerta de las ovejas. Los investigadores la han reconocido gracias a la descripción hecha por

el Evangelio de los cinco pórticos identificables y porque se ha descubierto una pintura mural al fresco representando un ángel que agita el agua.

Este lugar nos ofrece la posibilidad de pararnos a reflexionar en el sentido profundo de los milagros realizados por Jesús y la curación que venía a continuación. ¿Qué significa para nosotros hoy, en nuestra vida diaria, encontrar la presencia y la acción salvadora de Cristo? ¿Cómo se manifiesta hoy en nosotros su gran misericordia con respecto a nuestras pobreza y enfermedades?

Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16), afirma por primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión.

Misericordiae Vultus 8

En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Ésta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: “¿Quieres quedar sano?” El enfermo le contestó: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado”. Jesús le dice: “Levántate, toma tu camilla y echa a andar”. Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: “Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla”. Él les contestó: “El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar”. Ellos le preguntaron: “¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?”

Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: "Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor". Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado.

Juan 5, 1-15

PARA PROFUNDIZAR

Fragmento de la meditación matinal del Papa Francisco en Santa Marta, publicado en *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 20 de marzo de 2015

Por ello, explicó el Pontífice, «había tanta gente». Y, así, se encontraba también en ese sitio «un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años». Estaba allí esperando y Jesús le preguntó: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo respondió: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua, cuando viene el ángel. Para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Es decir, quien se presenta a Jesús es «un hombre derrotado» que «había perdido la esperanza». Enfermo, pero – destacó el Papa Francisco – «no sólo paralítico»: estaba enfermo de «otra enfermedad muy mala», la acedía.

«Es la acedía la que le hace estar triste, perezoso», destacó. Otra persona, en efecto, hubiese «buscado el camino para llegar a tiempo, como el ciego en Jericó, que gritaba, gritaba, y querían hacerle callar y gritaba más fuerte: encontró el camino». Pero él, postrado por la enfermedad desde hacía treinta y ocho años, «no tenía ganas de curarse», no tenía «fuerzas». Al mismo tiempo, tenía «amargura en el alma: "Pero el otro llega antes que yo y a mí me dejan a un lado"». Y tenía «también un poco de resentimiento». Era «de verdad un alma triste, derrotada, derrotada por la vida».

«Jesús tiene misericordia» de este hombre y lo invita: «Levántate, acabemos esta historia; toma tu camilla y echa a andar».



Dominus Flevit

La iglesia del *Dominus Flevit* es una iglesia pequeña situada a medio camino entre la falda y la cima del Monte de los Olivos. Su nombre significa “el Señor lloró”, e indica precisamente el lugar donde Jesús lloró por Jerusalén, como se puede leer en el episodio relatado por el evangelista Lucas. Jesús está subiendo de Jericó a Jerusalén y, cuando llega del lado de Betfagé y de Betania, encarga a dos discípulos que vayan al pueblo vecino para pedir un burro a lomos del cual va a entrar en Jerusalén. A pesar de las aclamaciones, cuando Jesús se encuentre bastante cerca de la ciudad, llorará por ella. Su llanto hace pensar en el de un padre que ama tanto a su hijo que le deja libre, incluso cuando comete errores. “¡Si tú también, por lo menos en este día que te ha sido dado, si conocieras las cosas que pertenecen a tu paz...!”: este es el deseo de Jesús.

En este lugar donde es posible mirar a Jerusalén, y quizá con los



ojos del corazón abrazar a la humanidad entera, podemos retirarnos un momento para rezar por esta ciudad tan querida, particularmente por nosotros, Caballeros y Damas de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro, y por las necesidades del mundo.

Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios que si bien combate el pecado nunca rechaza a ningún pecador. No caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad. Es sólo una ilusión. No llevamos el dinero con nosotros al más allá. El dinero no nos da la verdadera felicidad. La violencia usada para amasar fortunas que escurren sangre no convierte a nadie en poderoso ni inmortal. Para todos, tarde o temprano, llega el juicio de Dios al cual ninguno puede escapar.

Misericordiae Vultus, 19

En aquel tiempo, cuando Jesús se acercaba a la pendiente del monte de los Olivos, todos los discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todos los milagros que habían visto. Y decían:

«¡Bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor!

¡Paz en el cielo

y gloria en las alturas!»

Algunos fariseos que se encontraban entre la multitud le dijeron:

«Maestro, reprende a tus discípulos».

Pero él respondió: «Les aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras».

Cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella, diciendo:

«¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Vendrán días desastrosos para ti, en que tus enemigos te cercarán con empalizadas, te sitiarán y te atacarán por todas partes. Te arrasarán junto con tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has sabido reconocer el tiempo en que fuiste visitada por Dios».

Lucas 19, 37-44

Fragmento de la meditación matinal del Papa Francisco en Santa Marta publicado en *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 48, viernes 28 de noviembre de 2014

«Jerusalén se sentía contenta, tranquila con su vida y no necesitaba al Señor» ni su salvación. Por eso había «cerrado su corazón al Señor. Y el Señor lloró sobre Jerusalén. Como lloró también sobre el sepulcro cerrado de su amigo Lázaro. Jerusalén estaba muerta».

El llanto de Jesús «sobre su ciudad elegida» es también el llanto «sobre su Iglesia» y «sobre nosotros». Pero ¿por qué – se preguntó el Papa – «Jerusalén no había recibido al Señor? Porque estaba tranquila con lo que tenía, no quería problemas». Por eso Jesús, ante sus puertas, exclamó: «Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz... No reconociste el tiempo de tu visita». La ciudad, en efecto, «tenía miedo a la visita del Señor; tenía miedo a la gratuidad de la visita del Señor. Estaba segura en las cosas que ella podía gestionar».

Se trata de una actitud que también hoy se ve entre los cristianos. «Nosotros – destacó el Papa Francisco – nos sentimos seguros en las cosas que podemos gestionar. Pero la visita del Señor, sus sorpresas, no podemos gestionarlas. Y Jerusalén tenía miedo de esto: ser salvada por el camino de las sorpresas del Señor. Tenía miedo del Señor, de su esposo, de su amado». Porque «cuando el Señor visita a su pueblo nos trae la alegría, nos trae la conversión. Y todos nosotros tenemos miedo»: no «de la alegría», destacó el Pontífice, sino más bien «de la alegría que trae el Señor, porque no podemos controlarla».



El Cenáculo

El Jueves Santo, en la habitación que había sido preparada cuidadosamente para comer la Pascua que Jesús había deseado ardientemente comer con sus discípulos, consumaban la anticipación sacramental (*Ecclesia de Eucharistia*, 3) del don total de Jesús, el acto extremo de Misericordia con respecto a la humanidad. Ese día, en ese lugar y cada vez que celebramos la Santa Misa durante la cual hacemos memoria, Jesús ofrece su cuerpo y su sangre por nosotros, por cada uno de nosotros.

Mientras que los evangelios sinópticos narran la institución de la Eucaristía, el evangelista Juan relata otro hecho fundamental que se produce en el Cenáculo: Jesús enseña a sus discípulos que van a tener que ponerse al servicio unos de otros, tener misericordia unos de otros. El cristiano no puede pretender tener una relación con Dios si no se interesa y no sirve a sus propios hermanos (1 Jn 4, 20).

Mientras instituía la Eucaristía, como memorial perenne de Él y de su Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la Revelación a la luz de la misericordia.

Misericordiae Vultus, 7

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Llega a

Simón Pedro; éste le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde». Le dice Pedro: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Le dice Simón Pedro: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza». Jesús le dice: «El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos». Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: «No estáis limpios todos». Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

Juan 13, 1-15

Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios». Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: «Tomad esto y repartiadlo entre vosotros; porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios». Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío». De igual modo, después de cenar, hizo lo mismo con una copa de vino, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza, sellada con mi sangre, que es derramada por vosotros».

Lucas 22, 14-20

PARA PROFUNDIZAR

Juan Pablo II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 2003, n. 11

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no como un don entre otros muchos, por valioso que sea, sino como el *don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es

y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...».

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre *sólo después de habernos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, gustando de sus frutos de manera inagotable. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio inmenso, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.



Getsemani

Al final de la Cena, Jesús y sus discípulos se dirigen hacia Getsemani. En los labios y en el corazón, la declaración de eterna misericordia de Dios Padre que va a acompañar a su Hijo durante todo el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección. Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios, necesita ahora ponerse en oración y confiar todo al Padre. Esos minutos, esas horas en el Monte de los Olivos hablan directamente al corazón de aquellos que atravie-

san un periodo difícil en sus vidas. El amor de Dios ha ido hasta darnos un amigo de ruta que ya ha afrontado la prueba, aunque haya sido un cordero



sin mancha. En las situaciones dolorosas, aunque a veces no le sentimos, Dios no podría estar más cerca.

Durante esta peregrinación, llevemos en la oración a todos aquellos que son oprimidos y no ven salida al sufrimiento que tienen. Recemos para que el Señor nos de la fuerza para creer que su Misericordia no deja de obrar, también en las dificultades y sufrimientos.

“Eterna es su misericordia”: es el estribillo que acompaña cada verso del Salmo 136 mientras se narra la historia de la revelación de Dios. En razón de la misericordia, todas las vicisitudes del Antiguo Testamento están cargadas de un profundo valor salvífico. La misericordia hace de la historia de Dios con Israel una historia de salvación. Repetir continuamente “Eterna es su misericordia”, como lo hace el Salmo, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no sólo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre. No es casual que el pueblo de Israel haya querido integrar este Salmo, el “Grande *hallel*” como es conocido, en las fiestas litúrgicas más importantes. Antes de la Pasión Jesús oró con este Salmo de la misericordia. Lo atestigua el evangelista Mateo cuando dice que «después de haber cantado el himno» (26,30), Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos.

Misericordiae Vultus, 7

Salió Jesús, como de costumbre, al monte de los Olivos; y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en la

tentación». Y se apartó de ellos como un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí ese cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo que lo animaba. En medio de su angustia, oraba con más insistencia. Y le bajaba el sudor a goterones, como de sangre, hasta el suelo. Y levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la pena, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en la tentación».

Lucas 22, 39-46

PARA PROFUNDIZAR

San Agustín, *Sermón sobre el Tiempo*

«Cuando decía el Señor: “Si no puedo apartarme de beber este cáliz, que se haga tu voluntad y no la mía”, declara que es imposible para el hombre salvarse sin la amarga medicina de la muerte; sin beber el cáliz de la humillación y de la pena» (Sermón CCCXXIX).

«No podíamos ir al médico; se ha dignado venir a nosotros. Antes de estar enfermos le habíamos despreciado; él no nos ha despreciado en nuestra desgracia, y ha realizado nuevas prescripciones a ese enfermo que no había tenido en cuenta las primeras, destinadas a preservarlo de la enfermedad. ¡Ay! Sáname, pues, y vuelve a la vida. Yo cargo con tu mal: toma esta copa. Es amarga, pero eres tú quien ha vuelto tan difíciles sus preceptos, que eran suaves cuando te los dí y tú tenías salud. Los has tirado al suelo y has caído enfermo; y ahora no sabrías curarte sin beber en esta copa amarga, esta copa de las pruebas, ya que esta vida está llena de ellas, esta copa de aflicción, angustias y dolores. Bebe, pues, sigue diciendo, bebe para hallar de nuevo la vida. Y el enfermo para evitar responderle: No puedo, soy incapaz, no la beberé; para que beba sin dudarle, ese Médico compasivo bebió el primero aunque estuviera completamente sano» (Sermón LXXXVIII).



San Pedro en Gallicantu

Estar en camino hacia la santidad, como todo cristiano, no quiere decir haber dejado para siempre y totalmente de ser pecador. Necesitamos siempre del perdón de Dios, de su misericordia que nos sostiene y nos ayuda a avanzar y levantarnos cuando caemos.

San Pedro se dio cuenta enseguida: Jesús le había elegido como “roca” sobre la que “edificaría su Iglesia”, pero no ignoraba claramente sus debilidades humanas. La llamada de Dios y el hecho que nos confía una misión no implica pretender que no existe la posibilidad de caer en tentación. Y Jesús sabe que Pedro va a negarle varias veces. La noche de la última Cena, frente al ímpetu de Pedro por manifestar a su Señor su entrega total, Jesús le anticipa lo que va a ocurrir, es decir, que “hoy, esta misma noche, antes que el gallo



cante dos veces, tú me habrás negado tres” (Mc 14, 30). Se puede pensar que gracias al hecho de que Jesús haya mostrado que sabía lo que iba a producirse, precisamente – y eso a pesar del hecho de que no hubiera expulsado a Pedro, sino que le tomó consigo para rezar en Getsemaní –, Pedro ha podido reconocer su traición, arrepentirse y levantarse de nuevo. Pedro creyó en el perdón. Esa es sin duda la diferencia entre Pedro y Judas: creer que la Misericordia de Dios es tan grande que nos acoge cuando, arrepentidos, volvemos a la casa del Padre.

Todos nosotros, sin embargo, vivimos la experiencia del pecado. Sabemos que estamos llamados a la perfección (cfr Mt 5,48), pero sentimos fuerte el peso del pecado. Mientras percibimos la potencia de la gracia que nos transforma, experimentamos también la fuerza del pecado que nos condiciona. No obstante el perdón, llevamos en nuestra vida las contradicciones que son consecuencia de nuestros pecados. En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; y sin embargo, la huella negativa que los pecados dejan en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos permanece. La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado. [...] Vivir entonces la indulgencia en el Año Santo significa acercarse a la misericordia del Padre con la certeza que su perdón se extiende sobre toda la vida del creyente. Indulgencia es experimentar la santidad de la Iglesia que hace partícipes a todos de los beneficios de la redención de Cristo, para que el perdón sea extendido hasta las extremas consecuencias a las cuales llega el amor de Dios. Vivamos intensamente el Jubileo pidiendo al Padre el perdón de los pecados y la dispensación de su indulgencia misericordiosa.

Misericordiae Vultus 22

Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, fortalece a tus hermanos. Y él le dijo:

Señor, dispuesto estoy a ir contigo aun a la cárcel y a la muerte. Y él dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces.[...]

Y apresándole, le llevaron y le condujeron a casa del sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos. Y habiendo encendido fuego en medio del patio, y sentándose todos alrededor, se sentó también Pedro entre ellos. Y cuando una criada le vio que estaba sentado al fuego, se fijó en él y dijo: Este estaba con él. Entonces él lo negó, diciendo: Mujer, no le conozco.

Y un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy. Y como una hora después, otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también este estaba con él, porque es galileo. Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y enseguida, mientras él aún hablaba, el gallo cantó. Entonces, se volvió el Señor y miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.

Lucas 22, 31-34. 54-62

PARA PROFUNDIZAR

Cardenal J. Ratzinger, *Oración en la Primera estación del Via Crucis*, Coliseo 2005

Señor, has sido condenado a muerte porque el miedo al «qué dirán» ha sofocado la voz de la conciencia. Sucede siempre así a lo largo de la historia; los inocentes son maltratados, condenados y asesinados. Cuántas veces hemos preferido también nosotros el éxito a la verdad, nuestra reputación a la justicia. Da fuerza en nuestra vida a la sutil voz de la conciencia, a tu voz. Mírame como lo hiciste con Pedro después de la negación. Que tu mirada penetre en nuestras almas y nos indique el camino en nuestra vida. El día de Pentecostés has conmovido el corazón e infundido el don de la conversión a los que el Viernes Santo gritaron contra ti. De este modo nos has dado esperanza a todos. Danos también a nosotros de nuevo la gracia de la conversión.

André Louf, *Bajo la guía del Espíritu*, 1990

Es precisamente gracias a la experiencia vivida como Pedro puede saber cómo la debilidad y la gracia proceden juntas, y cómo se acuerdan una a otra en cada uno de los discípulos de Jesús. Hay que subrayar el hecho que, para nombrar un jefe, Jesús no busca un modelo de virtud y perfección que pueda ser contemplado e imitado, según las posibilidades, por los cristianos de todos los tiempos. [...] No, Pedro no es un modelo de virtud, pero es capaz de transmitir la experiencia que hizo él mismo gracias a su amor por Jesús, y podrá dar testimonio de ello. La tentación le hizo, seguramente, vacilar, pero en el centro de ésta, en lo más profundo de la caída, fue maravillosamente liberado por Jesús. [...]

Espontáneamente pensamos que la santidad debe ser buscada en la dirección opuesta al pecado y contamos con Dios para que su amor nos libere de la debilidad y del mal, y así permitirnos llegar a la santidad. Pero no es así como Dios obra en nosotros: la santidad no se encuentra en el lado opuesto sino en el corazón mismo de la tentación, no nos espera más allá de nuestra debilidad sino dentro de ella misma. Escapar a la debilidad significaría escapar al poder de Dios que trabaja en ella. Tenemos que aprender a permanecer en nuestra debilidad, pero armados con una fe profunda, aceptar estar expuestos a nuestra debilidad y, al mismo tiempo, abandonados a la misericordia de Dios. Sólo en nuestra debilidad somos vulnerables al amor de Dios y a su poder. Permanecer en la tentación y en la debilidad: esa es la única manera de entrar en contacto con la gracia y volvernos un milagro de la misericordia de Dios. Es lo que le ocurrió a Pedro: apenas acababa de negar a su maestro por tercera vez cuando “el Señor se volvió y miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (*Lc 22, 61-62*). Lo que esa mirada significó para Pedro, sólo podemos imaginarlo.



7

La basílica del Santo Sepulcro

En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz.

Misericordiae Vultus, 7

En la muerte y resurrección de Jesucristo, Dios hace evidente este amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia.

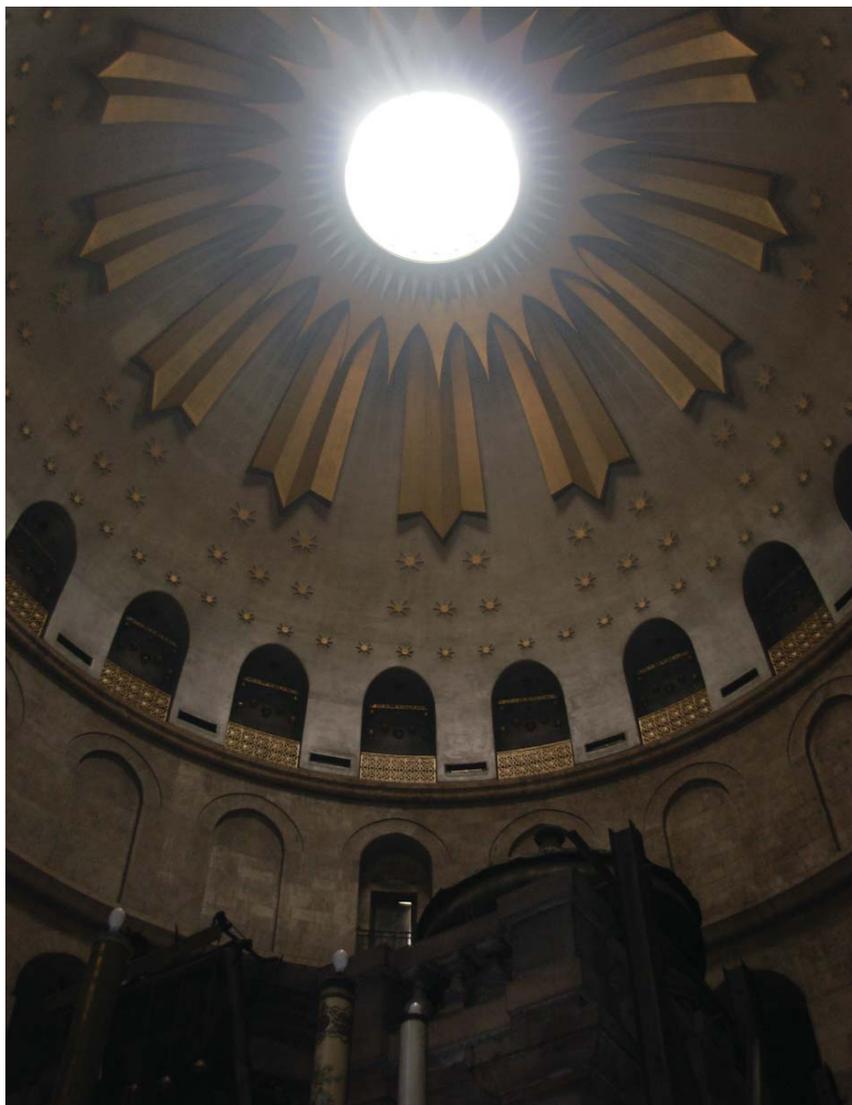
Misericordiae Vultus, 22

Enterar en la basílica del Santo Sepulcro y recorrer, rezando y meditando, las últimas estaciones del Viacrucis, hace enmudecer. El aire que se respira en ese lugar santo es el del don, el del abandono total de Jesús entre los brazos misericordiosos del Padre y entre las manos violentas de la humanidad. ¿Puede existir la prueba de un amor más grande por nosotros, los hombres? Pasemos tiempo con Jesús, nuestra salvación, y meditemos sobre las palabras del apóstol Pablo:

*Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.
Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.
Por eso Dios lo levantó sobre todo*

*y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble en el cielo,
en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Filipenses 2, 6-11





LA MISERICORDIA COMO TEMA IMPORTANTE PARA LAS DIFERENTES COMUNIDADES DE FE EN TIERRA SANTA

Para aquellos que aman y se consagran a la Tierra Santa es una alegría poder ver cómo el tema de la Misericordia puede ser fuente de convergencias y de comunión entre las mayores comunidades religiosas que viven en esos lugares: judías, cristianas y musulmanas. Intentemos colaborar para que el deseo del Santo Padre de una mayor apertura al diálogo se haga realidad.

La misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia. Ella nos relaciona con el judaísmo y el islam, que la consideran uno de los atributos más calificativos de Dios. Israel recibió en primer lugar esta revelación que permanece en la historia como el comienzo de una riqueza inconmensurable de ofrecer a toda la humanidad. Como hemos visto, las páginas del Antiguo Testamento están entrelazadas de misericordia porque narran las obras que el Señor ha realizado en favor de su pueblo en los momentos más difíciles de su historia. El islam, por su parte, entre los nombres que le atribuye al Creador está el de Misericordioso y Clemente. Esta invocación aparece con frecuencia en los labios de los fieles musulmanes, que se sienten acompañados y sostenidos por la misericordia en su cotidiana debilidad. También ellos creen que nadie puede limitar la misericordia divina porque sus puertas están siempre abiertas. Este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con estas religiones y con las otras nobles tradiciones religiosas; no haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación.

Misericordiae Vultus, 23

A nuestro regreso



El lema elegido para este año jubilar es “Misericordioso como el Padre”. Se trata, pues, de una invitación a poner en práctica el ejercicio de la misericordia también en nuestra relación con nuestros hermanos y hermanas. No se puede olvidar la imposibilidad de responder a la enseñanza de Jesús: “Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36), si no se ha tenido con anterioridad la gracia de entrar en la misericordia del Padre por nosotros, como hemos intentado hacerlo durante la peregrinación.

De vuelta a casa con un tesoro como ése, estamos llamados a dar frutos de misericordia en nuestra vida diaria: en nuestras familias, en los círculos de trabajo, en las parroquias y Lugartenencias.

Jesús afirma que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos. Así, entonces, estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia. El perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. ¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Deshacernos del rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices. Acojamos entonces la exhortación del Apóstol: «No permitáis que la noche os sorprenda enojados» (Ef 4,26). Y, sobre todo, escuchemos la palabra de Jesús que ha señalado la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe. «Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia» (Mt 5,7) es la bienaventuranza en la que hay que inspirarse durante este Año Santo.

Misericordiae Vultus 9

*¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén.
Jerusalén está fundada
como ciudad bien compacta.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor,
según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David.
Desead la paz a Jerusalén:
«Vivan seguros los que te aman,
haya paz dentro de tus muros,
seguridad en tus palacios».
Por mis hermanos y compañeros,
voy a decir: «La paz contigo».
Por la casa del Señor, nuestro Dios,
te deseo todo bien.
(Salmo 121)*

